

El Profeta

Por Eliécer Cantillo

*Al principio el hombre estuvo abstraído,
mirando el persistente discurrir del río.
El tiempo era eso de alternada luz y oscuridad, sin desmenuzarse.
En su ensimismamiento, el hombre vio dentro suyo
que el pensamiento iba, como el río,
sin fracción, fluyendo siempre.*

*Luego miró el hombre el sol fulgente
(como un roto de candela o como una herida viva de fuego),
Los árboles en su perenne gesto,
las piedras mudas o dormidas,
los animales, sin albedrío, como frutos
o agitados en el aire, como hojas,
y se encontró consigo mismo en el pensamiento súbito
y drástico de que era único, solo.*

*El hombre, así, se vio foráneo de la naturaleza.
Entonces buscó auspicio, vínculos, raíces,
pues su soledad era angustia desierta, imponderable,
como la libertad sideral.
Así dio el hombre en propiciar su salvación,
su pertenencia.*

*Imaginó otra imaginación mayor
dando el derrotero de los ríos, para que, yendo,
estuviera ahí, siempre yendo.*

*Cuando hubo construido esta paradoja,
el hombre se sintió menos sorrido,
y con el intento de extraer su propio reflejo,
hundió sus manos en las aguas expresas.*

*Y así, imaginó, además, que aquella otra imaginación
habría creado la suya,
del modo que él vio en el río y en su pensamiento,
similitud.*

*El hombre sonrió feliz, seguro,
sin la mañana de angustia que lo sobrecogía.
Entonces, el hombre creó a Dios,
y vio que Dios era bueno,
y dijo que Dios hiciera el universo.*

*Después el hombre oró a Dios,
y durmió protegido por la fe.
Pues su creación sería perdurable
Como la ambición de cualquier poeta.*

ELIÉCER CANTILLO

Maestro de Artes Escénicas Facultad de Artes ASAB